

- Y era verdad.
- Como si el *San Bartolomé*, del *Españoleto*, fuese una cosa alegre.
- Pero yo tampoco quisiera tener el *San Bartolomé* del *Españoleto* en mi comedor.
- Pues bien, tío, tratad de tenerlo y dádmelo á mí.
- Me ocuparé de ello; pero con la condición de que has de volver á casa de Mad. de Marande.
- Comenzaba á amarla, tío, vais á hacerme aborrecerla.
- ¿Por qué?
- Una mujer que recibe á un artista, y no ve en él más que un semblante agradable y un mal talante..
- ¡Bah! ¿Y qué diablos quieres que vea? ¿Quién es Mad. de Marande? Una Magdalena en poder de un marido y no del arrepentimiento. ¿Se ocupa ella del arte? Ve un joven y le mira: cuando tú ves un caballo, también le miras.
- Sí, pero por bello que sea, quiero más un bajo relieve de Fidias.
- ¿Y cuando ves una mujer, joven y linda, quieres más un bajo relieve de Fidias?
- Á fe mía que sí, tío.
- No concluyas, ó reniego de tí y no te reconozco por mi sobrino. Mad. de Marande tiene razón, y tú no: hay en tí demasiado de artista y no bastante de hombre de mundo; tu marcha tiene una especie de dejadez, que se puede perdonar á un estudiante, pero que no sienta bien á un hombre de tu edad y de tu nombre.
- Olvidáis, tío, que yo llevo el nombre de mi padre, y no el vuestro, y que si debe haber severidad en cuanto al talante de un descendiente de Joselin III, debe haber

indulgencia respecto al del hijo de un pirata, como llamáis á mi padre. Yo me llamo Pétrus Herbel, tío, y no el vizconde Herbel de Courtenay.

— Todo eso no es una razón, sobrino mío; revela mucho el carácter del hombre, su marcha, su manera de presentarse, de llevar la cabeza, de mover los brazos; un ministro anda de otro modo que sus empleados, un cardenal de otro modo que un abad, un guarda-sellos de otro modo que un notario. ¿Querías acaso andar como un ujier ó como un hortera? Mira; por ejemplo, tus vestidos están hechos de una manera lastimosa: chico, chico, tu sastre es un asno.

— Pues es el vuestro, tío.

— ¡Ah! hermosa respuesta; déte yo mi cocinero como te he dado mi sastre, y al cabo de seis meses, mi cocinero será un droguista. Haz venir á Mr. Smith.

— Me guardaré muy bien de ello, tío, bastante viene él sin que se le mande venir.

— ¡Bueno! ¿tenemos deudas con nuestro sastre?

— ¿Queréis que le diga pase á vuestra casa, ó á la mía?

— Á fe mía que estoy tentado...

— ¡Ah! tío, ¡qué hermosa tentación es esa!

— Luego nos ocuparemos de eso. Te decía, pues, que hicieses venir tu sastre y le preguntases: ¿quién hace los vestidos de mi tío? y si te responde, soy yo, Mr. Smith es un fatuo; es como si mi cocinero me dijese que era él quien hacía mi cocina. Lo que hace mis vestidos, querido mío, es mi manera de llevarlos; haz como yo, que tengo sesenta y ocho años. Petrus, dale el valor de la elegancia á lo que llevas, y serás un caballero encantador, llámeste Herbel ó Courtenay.

— ¡Qué coquetería para mí, tío!

— Pues qué quieres, así es.

— Pero á propósito, ¿por qué os ocupáis de mis vestidos? ¿Queréis acaso hacer de mí un dandy?

— Caes siempre en los extremos. No quiero hacer de ti un dandy, quiero hacer de ti un elegante, sobrino. Piensa en que cuando las gentes que nos conocen te ven pasar, dicen á los que no nos conocen:

— ¿Veis ese joven?

— Sí.

— Pues bien; tiene un tío que posee cincuenta mil libras de renta.

— ¡Oh! tío, ¿y quién dice eso?

— Todas las madres que tienen hijas casaderas, caballero.

— ¡Bueno! y yo que os escuchaba seriamente, tío. Vamos, sois un egoísta.

— ¿Cómo es eso?

— Os veo venir; queréis desembarazaros de mí; queréis casarme!

— ¡Pues bien! ¿y aun cuando así fuese?

— Os repetiría lo que os he dicho ya cien veces de un año á esta parte:

— No, tío.

— ¡Eh! Dios mío, dirás cien veces, mil veces, diez mil veces *no*, y un día llegará en que digas *sí*.

Petrus sonrió.

— Es posible, tío; pero hasta ahora, hacedme la justicia de confesar que he dicho *no*.

— ¡Calla! eres un bribón como tu padre; te veo venir; tienes intención un día que encuentres tu bella, de forzar mi pupitre. Veamos, ¿por qué esa tenacidad en permanecer soltero? Al fin me harás perder la paciencia.

— Pues vos, bien habéis permanecido soltero.

— Porque yo encomendaba á tu padre y á ti el cuidado de perpetuar la raza de los Courtenay; ¡Cómo, me ocupo de buscarte una mujer, te encuentro una joven, llena de talento, que te tiende las dos manos; que te trae quinientos mil francos en cada mano, y rehusas esa estimable persona! ¿Qué esperas pues? ¿La reina de Saba?

— ¿Qué queréis, tío? La joven era fea, y yo soy pinto. ¿Comprendéis?

— No, no comprendo.

— La forma ante todo.

— ¿Entonces, decididamente no quieres casarte con ese millón?

— No, tío mío,

— Pues bien, sea; te buscaré otra proporción.

— ¡Ay! tío, bien sé que la encontraréis; pero dejadme decir que no es la novia lo que se me opone, sino el matrimonio.

— Pero chico, ¿eres un hablador como tu padre? ¿No te haces cargo que atentas friamente á los días de tu tío? ¡Cómo! habré arrojado en ese abismo, que se llama un sobrino, el fruto de sesenta años de experiencia; le habré amado como á mi propio hijo; habré reñido por él como acabo de hacerlo, con una amiga; me equivoqué, con una enemiga de cuarenta años, y el bribón no me será agradecido ni una vez en la vida! ¡Nunca le he pedido más que una cosa, que se case, y se niega! ¡pero tú no eres más que un bandido! Digo que quiero que te cases, y te casarás, ó dirás por qué no. Se me ha puesto en la cabeza.

— Pero si acabo de deciroslo, tío.

— Escucha: si no te casas, te desconozco; reniego de ti, no veo en ti más que un heredero armado contra mis

cincuenta mil libras de renta, y me caso yo como medida de seguridad, me caso con tu millón.

— Me habéis confesado hace un momento, que la joven era fea, tío.

— Pero una vez que sea mi mujer, ya no lo confesaré.

— ¿Y por qué, tío?

— Porque nunca conviene disgustar á los demás de lo que no os conviene.

Vamos, Petrus, has de ser un buen muchacho; si no te casas por tí, cástate por tu tío.

— Me pedís justamente la única cosa que no puedo hacer por vos.

— Pero dame al menos una razón valedera con mil millones de rayos.

— Tío, no quiero deber mi fortuna á una mujer.

— ¿Y por qué?

— Porque me parece que hay algo de vergonzoso en ese cálculo.

— No está mal para el hijo de un pirata. Pues bien, yo te doto.

— ¡Oh! tío.

— Te doy cien mil francos.

— Soy más rico soltero sin vuestros cien mil francos, que lo sería estando casado, con cinco mil libras de renta más.

— Te doy doscientos mil, te doy trescientos mil, te doy la mitad de mi fortuna si es preciso; para nada soy bretón.

Cogió Petrus la mano de su tío, y se la besó tiernamente.

— Me besas la mano, lo que quiere decir: idos á pasear, tío, y cuanto más lejos vayáis, más me complaceréis.

— ¡Oh! tío.

— ¡Ah! ya caigo, exclamó el general dándose una palmada en la frente.

— No lo creo, tío, respondió Petrus sonriendo.

— ¡Tienes una querida, desgraciado!

— ¡Os equivocáis, tío!

— ¡Tienes una querida!

— Os juro que no.

— ¿La ves desde aquí? Tiene cuarenta años; te tiene entre sus garras; habéis jurado amaros siempre; os creéis solos en el mundo, y os figuráis que las cosas durarán así hasta que suene la trompeta del juicio final.

— ¿Y por qué ha de tener cuarenta años tío? preguntó Petrus riendo.

— Porque sólo á los cuarenta años, se cree en la eternidad del amor, es decir, las mujeres: no rías, no, que ese es tu gusano roedor. Estoy seguro de lo que digo; en ese caso, amigo mío, añadió el general con aire de profunda compasión, ya no te censuro, te compadezco; y ya no me queda más que aguardar tranquilamente la muerte de tu amada.

— Pues bien, tío...

— ¿Qué?

— Puesto que sois tan bueno...

— Vas á pedirme mi consentimiento para casarte con tu abuela, ¡desgraciado!

— No, estad tranquilo.

— ¡Vas á pedirme que reconozca los hijos que has tenido!

— Tranquilizaos, tío, no tengo la dicha de ser padre.

— ¡Hay nunca seguridad respecto á eso? En el mo-

mento en que has entrado, quería persuadirme la marquesa de Tournelle...

— ¿De qué?

— De nada. Continúa, lo espero todo. Sólo que si la cosa es demasiado grave, déjala para mañana, para no turbar mi digestión.

— Podéis oír sin emoción lo que voy á deciros, tío.

— Entonces, habla. Un vaso de Alicante, Frantz: quiero oír lo que mi sobrino tiene que decirme, en las mejores disposiciones posibles. Eso es: está bien: habla ahora, Petrus, continuó tiernamente el general mirando á las luces del candelabro, el rubí contenido en su vaso; tu querida...

— No tengo querida, tío.

— Pues entonces, ¿qué es lo que tienes?

— Tengo, tío, hace seis meses por una persona, que bajo todos conceptos lo merece, una de esas pasiones.... ¿entendéis?...

— No, no entiendo, dijo el general.

— Que probablemente no tendrá resultado alguno.

— Pues bien, tu pasión entonces es tiempo perdido.

— No, que tampoco ha sido tiempo perdido la pasión del Dante por Beatriz, la del Petrarca por Laura, ni la del Tasso por Eleonora.

— Es decir, que no quieres casarte con una mujer y deberle tu fortuna, mientras que quieres tener una querida, y deberle tu reputación: ¿sabes, Petrus, que eso es muy lógico?

— No puede ser más lógico, tío.

— ¿Y qué obra maestra debes ya á tu Beatriz, tu Laura ó tu Eleonora?

— ¿Os acordáis de mi cuadro del Cruzado?

— Es tu mejor obra; sobre todo, después que lo has retocado.

— El rostro de la joven que coge agua en la fuente, me ha parecido que os satisfacía completamente.

— Es verdad, me ha agradado sobre manera.

— Me habíais preguntado dónde había encontrado el modelo.

— Y me has respondido que en tu imaginación; lo cual, sea dicho de paso, me ha parecido bastante tonto.

— Pues bien, os había engañado indignamente, mi buen tío.

— ¡Malvado!

— Mi modelo era ella, tío.

— Ella, ¿y quién es ella?

— ¿Queréis que os diga su nombre?

— ¿Cómo que si lo quiero? ya lo creo.

— Notad que no tengo ni la esperanza de ser nunca su marido, ni la pretensión de ser nunca su amante.

— Razón más para nombrarla, no puede haber indiscreción con semejante preámbulo.

— Es la señorita...

Detúvose Petrus todo tembloroso; le parecía que iba á cometer un crimen.

— ¿La señorita?... repitió el general.

— La señorita Regina...

— ¿De Lamothe-Houdón?

— Sí, tío.

— ¡Ah! exclamó el general echándose violentamente hacia atrás; ¡ah! bravo, sobrino mío. Si nouviésemos la mesa entre los dos, saltaría á tu cuello y te abrazaría.

— ¿Qué queréis decir, tío?

— Digo que hay un Dios para las gentes honradas.

— No os comprendo.

— Digo que serás, hijo mío, mi Rodrigo, mi vengador.

— Explicaos por favor.

— Amigo mío, pídemme todo lo que quieras; acabas de causarme el mayor placer que he experimentado en mi vida.

— ¡Oh, tío mío! creo que soy feliz como si estuviera con los ángeles. ¿Puedo continuar?

— Aquí no, hijo mío. Yo soy un filósofo de la escuela de Epicuro; un hijo de la muelle ciudad que se llama Sibaris; la frescura de tu relato se avendría mal con el olor del bigote y la ensalada; pasemos al salón: Frantz, excelente café, y los licores más finos y más perfumados. Frantz, puedes volver á ponerte tu cruz y tus galones, te perdono, en gracia de mi sobrino... Ven, Petrus, ven, querido hijo de mi corazón. ¿Así que, dices que amas á la señorita Regina de Lamothe-Houdon?

Y esto diciendo, el general echó su brazo en torno del cuello de Petrus, con tanta gracia y elegancia, y casi diríamos con tanta juventud, como lo hace Pólux en torno del cuello de Cástor, en aquel hermoso grupo antiguo, obra maestra de un artista desconocido.

Y los dos pasaron por delante de Frantz, que con la mano izquierda en la costura de su pantalón y la derecha en la frente, les miró pasar con el rostro radiante de alegría y de orgullo, y murmurando:

— ¡Oh! mi cheneral, mi cheneral.

CAPÍTULO VIII.

DURANTE EL CAFÉ.

El general había dicho que era verdaderamente un discípulo de la escuela de Anacreonte, un ciudadano de la voluptuosa Sibaris.

Hubiera podido añadir que era un rival de Brillat-Savarin y de Grimold de la Reynere.

Todo en su casa indicaba, en los menores detalles, un profundo estudio de lo comfortable, y de lo cómodo y esmerado.

Así como no creía que se debía beber el Burdeos Haut-Laffitte, más que en vasos de muselina, en los que se une la transparencia á la tensidad del cristal, para que ni los ojos ni los labios perdiesen ni lo más mínimo del color ni del perfume del vino, tampoco hubiera tomado su café en otro recipiente que en una taza de China ó de antiguo Sevres

El café, pues, aguardaba humeante y perfumado, en una cafetera de plata sobredorada, en compañía de un azucarero del mismo metal, dos finas tazas con flores de oro, y cuatro garrafrones de licores diferentes.

— ¡Ah! dijo el general empujando á su sobrino sobre un sillón, siéntate ahí, y yo aquí, y tomemos nuestro café como filósofos que aprecian el tiempo, los acontecimientos, los hombres de genio, los grandes reyes y los soles ardientes que se han necesitado para preparar esas dos substancias sabrosas, cogidas en dos puntos antipodas del mundo, y que se llaman la Martinica y Moka.

Pero Petrus seguía otro orden de ideas, del todo distinto.

— Mi buen tío, dijo, creed que en otro momento apreciaría, como vos, aunque menos sabia y filosóficamente, todo el aroma de ese licor divino; pero en éste debéis comprender que todas mis facultades físicas y morales están concentradas en la cuestión que voy á renovar.

— ¿Qué puede haber en mi amor á la señorita de Lamothé-Houdon, que os pone tan alegre?

— Te lo explicaré en otro momento, cuando haya tomado mi café; sabes lo que te decía antes de ponernos á la mesa, respecto á la influencia que una buena comida podía ejercer sobre el modo de ver las cosas.

— Si.

— Pues bien, amigo mío, ahora que he comido, todo lo veo de color de rosa, y te hago mi cumplido con toda sinceridad; déjame tomar mi café, y entonces te diré por qué te felicito.

— ¿La encontráis, pues, bella, tío? preguntó Petrus dejándose ir por aquella dulce pendiente que bajan sin notarlos los enamorados al hablar de su amor.

— ¡Si la encuentro bella! ¡Por vida del diablo! pues si así no fuese, sería muy difícil de contentar, querido. ¡Peste! como que es sencillamente una de las más seductoras mujeres de París, y al recordar su rostro, encuentro que se parece á aquella ninfa de Ovidio...

— ¡Oh! tío mío, no se parece á nadie; no rebajéis ese semblante celeste, comparándole ni aun con una semidiosa.

— ¡Vamos, vamos, hijo mío, estás muy enamorado; tanto mejor, tanto mejor! Me gusta ver la juventud y la fuerza en el ejercicio moral de esa poderosa facultad que

se llama amor. ¡Pues bien, sea! no se parece á una ninfa de Ovidio; es, por el contrario, una heroína de novela moderna en toda la acepción de la palabra.

— ¡Oh! tío mío, muy al contrario; lo que sobre todo me seduce en ella es, que en nada imita á lo que ha visto ni leído.

— ¡Cómo, bribón! te permites amar á una mujer sin licencia de tu tío, y ni aun quieres permitirle buscar á quién se parece!

— Tenía yo mucha razón en ser discreto con vos, mi querido tío; estaba seguro de que me habíais de reñir.

— Di envidiar, dichos bribonzuelo; no hay como estos hijos de piratas para tener suerte. Por lo pronto sentemos el hecho: estás enamorado, muy enamorado.

— Os suplico, querido tío, que no llaméis amor al sentimiento que Regina me inspira.

— ¡Ah! no; ¿cómo quieres que le llame? veamos.

— No lo sé, tío; pero el amor ¿no es ese nombre grosero que los hombres más vulgares dan á sus instintos materiales, á sus brutales fantasías? ¿Y creéis que alimente por esa seductora criatura el mismo sentimiento que vuestro portero experimenta por su mujer?

— ¡Bravo! Petrus, anda, hijo mío, anda; no sabría decirte hasta qué punto me regocijas. Así que, no es amor lo que sientes por Regina; pues bien, explícame lo que es; yo, grosero materialista, hombre del otro siglo, había creído hasta aquí que el amor era la combinación material é inmaterial de lo más puro que había en el hombre, como este café es lo más sutil que hay en la planta que crece sobre la tierra y bajo el sol que brilla en el cielo. Estaba equivocado, tanto mejor. Hay otro sentimiento más celeste, más étéreo, más ardiente que éste; pido que me le des á

conocer, desesperado, por haber aguardado á tan tarde para hacérmelo presentar.

— Os burláis de mí, tío.

— ¡ Oh, por ejemplo !

— Pero lo que os digo, es verdad, os lo aseguro bajo mi palabra. Lo que experimento por Regina es un sentimiento que no tiene nombre en la lengua ; nuevo, dulce, fresco, suave, sublime como ella, que no existía antes que ella, que sólo por ella ha podido ser inspirado. ¡ Oh ! tío, decís que á pesar de vuestra experiencia os es desconocido ese sentimiento ; no me admira, porque creo que ningún hombre ha experimentado lo que yo experimento.

— Te felicito sinceramente, amigo mío, dijo el general saboreando las últimas gotas de su café, y te repito que me causas, desde muchos puntos de vista diferentes, una verdadera alegría, la primera que te debo. No entiendas, pues, á la letra, lo que te he dicho del mundo antes de ponernos á la mesa, amigo mío. Era la pesadilla de un estómago vacío. ¡ Ah ! continuó el viejo hidalgo instalándose en su sillón, y cerrando beáticamente sus párpados, creo que nada aventuro al decir, que en tomando este polvo de tabaco de España, seré verdadera y completamente feliz.

— Creed, tío, dijo Petrus, que os doy gracias con toda mi alma por la parte tan viva que tomáis en mi felicidad.

— Te equivocas, mi querido Petrus, ó más bien, no estás acorde conmigo.

— Me hacíais la gracia de decir, tío, que erais completamente feliz.

— Sí, pero no es tu felicidad sola la que tanto me regocija.

— ¡ Pues qué es, tío ?

— Es el disimulado pensamiento de que esa felicidad va á ser el tormento de otro.

Miró Petrus á su tío con ojos interrogadores.

— En verdad, continuó el general, que siendo ese otro mi enemigo íntimo, cuanto desagradable puede sucederle me llena de satisfacción. Ves, amigo mío, cómo no tomo de tu felicidad más que la parte que me toca ; no me conserves, pues, ningún reconocimiento, y continúa tu relato después de haber probado este ron y decirme qué te parece de él. Te escucho.

El general, siempre tendido en su sillón, cruzó las manos sobre el vientre, hizo girar sus dos pulgares, uno en torno del otro, y escuchó efectivamente.

— Es extraño, tío, dijo Petrus ; no sé cuál es vuestro pensamiento, pero tengo como un presentimiento de que va á sucederme alguna gran desgracia.

— Lo que te espera es, en efecto, una felicidad ó una desgracia, según lo mires. Pero feliz ó desgraciado, no quiero darte el golpe sin haberte preparado para él, ó dicho de otra manera, no te diré la verdad hasta que hayas concluido tu relato.

— Pero yo no tengo relato ninguno que haceros, tío ; os he dicho todo lo que tenía que deciros. Amo, y eso es todo.

— Hay, sin embargo, una cosa bastante importante que has omitido, mi muy querido sobrino.

— ¡Cuál, tío ?

— Me has dicho que amabas, es verdad ; pero has olvidado decirme si eras amado.

El rostro de Petrus se cubrió á estas palabras de un rubor, que no era más que una larga é indiscreta respuesta.

Pero como el rostro de Petrus estaba en la sombra, el general no lo vió.

— ¿Qué queréis que os diga, tío?

— ¿Cómo qué quiero que me digas? Quiero que me digas si ella te ama.

— Nunca se lo he preguntado.

— Y has hecho bien, hijo mío; en efecto, esas cosas no se preguntan, se adivinan, se conocen. Ahora bien, ¿qué has conocido? ¿qué has adivinado?

— Sin decir que el sentimiento que he inspirado á la señorita de Lamothe-Houdon sea de la naturaleza del que yo experimento, dijo Petrus con voz temblorosa, sin embargo, creo que Regina me mira con placer.

— Perdona, pero eres tú á tu vez quien no me comprendes muy bien. En consecuencia, voy á precisar mi pregunta. ¿Crees, por ejemplo, que la situación ofrecida y aceptada tal como está, es decir, con las condiciones de una simpatía recíproca, la señorita de Lamothe-Houdon, en el caso en que pidas su mano, te aceptaría por marido?

— ¡Oh! tío mío, no estamos en ese caso.

— Pero si los días se suceden á los días, y las noches á las noches, con su regularidad ordinaria, llegaréis á ello, hijos míos, un día ó una noche. ¿No quieres casarte con ella?

— Pero, tío...

— No hablemos más de ello, ¡libertino!

— Tío, ¡os suplico!...

— Hablemos de ello entonces.

— Pues bien, sí, hablemos de ello, porque acabáis de tocar á una de mis esperanzas, que ni me atrevía á entrever en sueños.

— ¡Ah! te pregunto, mi querido sobrino, si en el caso en que pidieses en matrimonio á la señorita Regina de Lamothe-Houdon, ¿crees en tu alma y tu conciencia que te aceptaría por marido? Nota bien, mi querido sobrino,

que la pretensión no sería en modo alguno orgullosa; aun cuando tu desgraciado padre sea un profundo malvado, no por eso descendes menos de los Courtenay, hijo mío; nuestros abuelos han reinado en Constantinopla; los Josefin tenían ya cabellos blancos cuando los Lamothe-Houdon aun no habian echado los dientes primeros: ellos cruzan bastones de mariscal de Francia detrás de su blasón; pero nosotros ponemos sobre el nuestro una corona cerrada.

— Pues bien, tío, si os he de decir toda la verdad..

— Toda, hijo mío.

— ¿Ó al menos lo que pienso?...

— Dime lo que piensas.

— Creo, aun cuando no haya interrogado nunca al porvenir, que á menos que haya obstáculos á causa de mi pequeño patrimonio, la señorita de Lamothe-Houdon no rehusaría la oferta de mi mano.

— Ahora bien, mi querido sobrino, si por casualidad (comienzo por decirte que no es probable) yo aumentase ese pequeño patrimonio con una parte de mi fortuna durante mi vida, y con toda ella después de mi muerte (y advierte que estoy á dos mil leguas de tener semejante idea); de modo que si, para hablar en términos más precisos, te dotase y te reconociese por mi heredero, quitando ese obstáculo, ¿crees que la señorita de Lamothe-Houdon consentiría en ser tu esposa?

— Creo en mi alma y mi conciencia que sí, tío.

— Pues bien, mi querido sobrino, digo respecto á ti lo que te decía respecto á tu amigo, que ha rehusado la cruz: eres demasiado joven para tu edad.

— ¡Yo, tío! dijo Petrus palideciendo.

— Sí.

— ¿Qué queréis decir?

— Quiero decir que la señorita de Lamothe-Houdon no se casaría contigo.

— ¿Y por qué, tío?

— Porque la ley prohíbe á la mujer casarse con dos hombres, y al hombre casarse con dos mujeres á la vez.

— ¿Dos hombres?

— Sí; el casarse una mujer con más hombres que uno, se llama poliviria, y el casarse un hombre con muchas mujeres se llama poligamia; hay en Mr. de Pourceaugnac una canción sobre esta materia.

— Pero me parece comprender, ¿qué queréis decir?

— Que antes de quince días estará casada la señorita Regina de Lamothe-Houdon.

— Imposible, tío, exclamó el joven palideciendo horrosamente.

— ¡Imposible! hé ahí una palabra de enamorado.

— Tío, en nombre del cielo, tened piedad de mí; explicaos.

— Me parece que lo que digo es muy claro, y no necesita explicación ninguna; la señorita Regina de Lamothe-Houdon va á casarse.

— ¡Á casarse! repitió Petrus estupefacto.

— Y estoy pagado para saberlo, á Dios gracias, puesto que se casa con mi pretendido hijo.

— Tío, vais á volverme loco; ¿quién es ese pretendido hijo?

— ¡Oh! tranquilizate, no está reconocido, aunque su tierna madre ha hecho cuanto ha podido para ello.

— Pero al fin, tío, ¿con quién se casa?

— Se casa con el coronel, conde de Rappt.

— ¿Con Mr. Rappt.

— Mr. Rappt mismo, sí, sobrino mío; el amable, el honrado, el ilustre Mr. Rappt.

— ¿Pero si tiene más de veinte años más que Regina?

— Puedes decir hasta veinticuatro, querido amigo, atendido á que nació el 11 de Marzo de 1786, lo que hace que tenga cuarenta y un años bien cumplidos; y como la señorita Regina de Lamothe-Houdon no tiene más que diez y siete, ¡diablo! calcula por tí mismo.

— ¿Y estáis seguro de eso, tío? dijo el joven con la cabeza baja y como herido de un rayo.

— Pregúntalo á la misma Regina.

— Adiós, tío, exclamó el joven levantándose.

— ¿Cómo adiós?

— Sí, voy á encontrarla y sabré...

— Más tarde lo sabrás aun mejor, hazme el gusto de volver á sentarte.

— Pero, tío.

— No hay más tío ya, cuando el sobrino es ingrato.

— ¡Yo ingrato!

— Ciertamente, ingrato. Es ser un sobrino ingrato, el abandonar á su tío al principio de una digestión laboriosa, en vez de ofrecerle un vaso de curazao para facilitar esa digestión. Ofrece un vaso de curazao á tu tío, Petrus.

El joven dejó caer sus dos brazos.

— ¡Oh! murmuró, ¿podéis chancearos con un dolor como el mío?

— ¿Conoces la historia de la lanza de Aquiles?

— No, tío.

— ¡Cómo! Hé ahí la educación que te ha dado el pirata de tu padre; no te ha hecho aprender griego, para leer á Homero en el original. Te ves obligado á leerle, desgraciado, en Mad. Dacier ó en Mr. Ritaubé; pues bien, voy

á decirte yo la historia de esa lanza; su óxido curaba la herida que la punta había hecho. Te he herido, hijo mío; pues bien, voy á intentar curarte.

— ¡Oh! ¡tío, tío! murmuró Petrus, yendo á caer á los pies del general y besándole las manos.

El general miró al joven con una expresión que indicaba la profunda ternura que por él sentía.

En seguida, con voz tranquila y grave, le dijo:

— Siéntate, amigo mío; sé hombre, vamos á hablar seriamente de Mr. Rappt.

Obedeció Petrus, volvió vacilando á su sillón, y más bien cayó que se sentó en él.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE TRATA LARGAMENTE DE LAS VIRTUDES DE LA SEÑORA MARQUESA YOLANDA PENTALTAIS DE LA TOURNELLE.

Apoyó Petrus su codo sobre el brazo de su sillón, y dejó caer su cabeza sobre su mano.

Miróle el general un momento con aquella compasión del viejo, á los males que ya no experimenta, pero que recuerda haber experimentado.

— Y ahora, dijo después de transcurrido aquel momento, presta atento oído á lo que voy á decirte, mi querido Petrus. Esto será más interesante para ti, que era para Dido y sus cortesanos la historia de Eneas, y sin embargo, dice el poeta:

Contiguere omnes intentique ora tenebant.

— Esecucho, tío, dijo tristemente Petrus.

— ¿Conoces á Mr. Rappt?

— Le he visto dos ó tres veces en el taller de Regina, respondió el joven.

— Y le encuentras ultrajosamente feo, ¿no es verdad? Es natural.

— Feo no es la palabra, tío.

— Eres muy generoso.

— Diré más: á los ojos de muchos para quienes la expresión del rostro nada significa, el conde de Rappt hasta puede pasar por un hombre hermoso.

— ¡Pardiez! ¿así hablas de un rival?

— Tío, es preciso ser junto, aun con un enemigo.

— ¿Así que, no le encuentras feo?

— Le encuentro peor que eso, tío, le encuentro inexpresivo. Todo en ese hombre es frío é inmóvil como el mármol, y parece tender hacia la tierra en virtud de cierto instinto material. Los ojos carecen de brillo, la nariz es redonda, los labios delgados y apretados, el color de ceniza; su cabeza se mueve, sus facciones nunca. Si con una máscara de hielo pudiera cubrirse una piel viva, pero que ha cesado sin embargo de estar animada por la circulación de la sangre, esa obra maestra de anatomía nos daría algo semejante al rostro de ese hombre.

— Favoreces tus retratos, Petrus, y si quiero dejar á la posteridad un recuerdo de mi embellecido, te encargaré que le transmitas mi imagen.

— Os ruego, tío, que volvamos á Mr. Rappt.

— Con mucho gusto; pero en fin, tal como encuentras á tu rival, ¿no te admiras de que Regina consienta en casarse con él?

— ¡En efecto, tío, una persona de un gusto tan puro,

de una apreciación tan elevada! no lo comprendo; ¿pero qué queréis? Hay misterios en las familias, y desgraciadamente Regina es una mujer.

— ¡ Bueno! hace un momento no la aceptabas ni como una semidiosa, y hé aquí que porque no te ama y va á casarse con otro, amante y todo, la rebajas hasta por debajo de la humanidad.

— Tío, dignaos recordar que no estamos aquí para discutir los encantos, la virtud ó lo más ó menos que de divinidad tenga la señorita Regina de Lamothe-Houdon: estamos para hablar de Mr. Rappt.

— Es justo, y me lo recuerdas; haces bien.

— Mira, mi querido Petrus, hay en la historia obscura y tortuosa de ese hombre dos misterios. El uno me ha sido revelado, pero nunca he podido penetrar el otro.

— ¿ Y ese misterio que se os ha revelado, tío, es un secreto?

— Sí y no. Pero en todo caso, me creo con el derecho de compartirlo contigo. Me decias antes de comer, querido amigo, que había sido particularmente devoto de esa devota que se llama la marquesa de la Tournelle. Hay por desgracia verdad en eso: la señorita Yolanda de Lamothe-Houdon se casó en 1784 con el marqués Pentaltais de la Tournelle, ó más bien, con los ochenta años y las ciento cincuenta mil libras de renta del susodicho marqués; de modo que al cabo de los seis meses de matrimonio, se encontró viuda, marquesa y millonaria.

Tenía diez y siete años y estaba seductora; tú jurarías que siempre había tenido sesenta años y que nunca había sido hermosa, ¿ no es verdad? Jura, amigo mio, pero no apuestes, porque perderías.

Debes comprender que cuantos caballeros elegantes ha-

bía en la corte del rey Luis XVI presentaron sus homenajes á la bella viuda; pero gracias á un director de conciencia muy severo que tenía, dícese que se resistió á todas las tentaciones del diablo.

Atribuíase esta virtud, que no se sabía á qué atribuirla, á la mala salud de la marquesa. En efecto, hacia fines de 1785 se la vió palidecer, enflaquecer, deteriorarse hasta el punto... hasta el punto de ordenarle las aguas de Forges, muy á la moda en aquella época. Por eficaces que fuesen las aguas de Forges, al cabo de un mes ó dos se vió que eran insuficientes, y el médico aconsejó las de no sé qué pequeña aldea de Hungría, llamada Rappt, según creo.

— Pero, tío, ese es el nombre del coronel, interrumpió Petrus.

— No digo lo contrario; ¿ por qué quieres, puesto que hay una aldea que se llama Rappt, que no haya un hombre que se llame como esa aldea?

— Es justo.

— Aquel médico era un hombre muy hábil; la bella y lánguida viuda partió para la Hungría á principios de 1786, pálida, flaca, deshecha: estuvo seis meses en las aguas ó en otra parte, y volvió á fines de Junio del mismo año, fresca, gruesa, sana, y más bella, en fin, que nunca.

El rumor de su salvajería ó su desdén, había causado entonces en los pretendientes de la hermosa Yolanda el mismo desorden que en los amantes de Penélope la vuelta de Ulises; únicamente yo no había perdido la esperanza cuando marchó, ni la perdí tampoco cuando volvió.

Procedía esto de que enviado con una misión cerca del emperador José II, había tenido la idea, porque no podía entregar mi despacho hasta pasados quince días; digo que había tenido la idea de ir á dar una vuelta por la